



La identidad de los miembros de la Fraternidad laical de Santo Domingo¹

Fr. Óscar Jesús Fernández, O.P.

1.- Identidad laical

Al revolver en el baúl de la historia de la Iglesia encontramos momentos diversos, con luces y sombras, que explican algo de lo que ahora vivimos.

En los primeros tiempos, laico era el término con el que se señalaba a los seguidores de Cristo. A los pocos siglos se introduce un dualismo que señala a los laicos, como personas profanas, y a los sacerdotes, como personas consagradas. A lo largo de los siglos esta brecha se ha ido haciendo más amplia, hasta que el Concilio Vaticano II, inició el camino contrario.

Algunos quieren recorrer este camino preocupados por marcar las diferencias que nos definen separándonos de los demás. Yo creo que el camino no es ese, sino reforzar nuestra propia identidad, llenar de contenido y sentido nuestro ser cristiano, cualquiera que sea la forma de vida que tengamos.

Comencemos con un texto de la carta a los Gálatas: “Pues todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús. En efecto, todos los bautizados en Cristo os habéis revestido de Cristo: ya no hay ni judío ni griego; ni esclavo ni libre; ni hombre ni mujer; ya que todos vosotros sois uno en Cristo Jesús” (Gal 3,26).

A su luz descubrimos que es preciso olvidar las diferencias y reconocer que Cristo es quien nos une y nos da la identidad a cada uno.

En definitiva la identidad se nos da en la medida que somos cristianos y como tales respondemos con nuestra vida a la realidad que nos toca vivir.

No hay duda que este camino lo hemos de hacer todos, no solo vosotros, también los religiosos, los sacerdotes, la Iglesia institución... todos. Aunque permitidme que no me centre en lo que la institución y sus responsables tienen que hacer sino en lo que a cada persona le corresponde.

[...] La “adultez” laical necesaria hoy no solo reclama madurez en la experiencia de fe, sino que reclama también madurez en las tareas y funciones realizadas.

El lugar en el mundo de los laicos, os hace protagonistas de pleno derecho en la evangelización del mundo. Habéis de aportar a la Iglesia vuestra inserción en el mundo, vuestra participación en los problemas, desafíos y urgencias de la vida diaria. Es necesario poner sobre la mesa, para construir el Reino y la Iglesia, vuestra experiencia de vida y de fe, vuestra competencia profesional, científica, laboral... En definitiva, el ser laico tiene algo fundamental que hay que recordar continuamente: su pertenencia al mundo y su presencia en medio de la masa... para ser fermento.

2.- Identidad dominicana

A esta identidad como cristiano laico hay que sumarle otra: la identidad dominicana. Desde luego que esta parte es importante, aunque no es la esencial, pues lo dominicano nos habla de acentos, de estilos, de modos de vivir el ser cristiano.

[...] La identidad dominicana no está en “ser dominicos/as” o en “ser de la fraternidad”, o en “rezar el rosario todos los días”, o en “hacer la promesa”,... sino en pertenecer a la Orden de Predicadores.

Esto nos ofrece nuestra razón de ser: predicar el Evangelio es la esencia de la Orden Seglar de Santo Domingo. Por ello, si queremos reconocer y fortalecer nuestra identidad hemos de hacer lo que dice la Constitución Fundamental de la Regla de la Fraternidad Laical de Santo Domingo: “tienen como vocación hacer brillar la presencia de Cristo en el corazón de la humanidad de forma que, a través de ellos, el mensaje divino de la salvación sea conocido y aceptado por todos los hombres” (Regla, 1).

Es curioso ver cómo se nos olvida esta primera parte de la Regla que nos lleva a lo esencial de nuestra vocación, y nos centramos en la vida hacia dentro, en lo que debemos rezar, en las cuotas, en los cargos... (y no digo que esto no sea importante, pero sí que es menos importante).

[...] Si nuestra identidad es ser predicadores, hemos de hacernos la pregunta crucial: ¿Realmente predicamos? ¿Realmente es la esencia de nuestra vocación? ¿Cómo predicamos? ¿A quién predicamos?

3.- Ser hoy fraternidades laicas predicadoras

Fr. Edward Schillebeeckx insiste mucho en que no se puede definir lo dominicano mientras haya dominicos y dominicas vivos, pues sigue siendo algo abierto a reformulaciones en cada tiempo y lugar. Esto es el recuerdo de algo que ha estado presente desde los orígenes: la necesidad de dar respuesta a las necesidades que toca vivir en cada momento y lugar.

[...] En definitiva, las estructuras dominicanas están al servicio de lo que es la razón de ser de la Orden de Predicadores. Nos toca combinar la historia, la tradición, con la vida real de “hoy y aquí”. Acudamos a la historia, a Santo Domingo para ver qué nos dice hoy.

a) Fieles a la historia y a la actualidad

Domingo de Guzmán vivió dos grandes fidelidades: al evangelio de Jesucristo y a los hombres y mujeres de su tiempo.

Somos fieles al Evangelio de Jesucristo en la medida en que somos capaces de actualizarlo, de ponerlo por obra, de hacerlo vivo. Hay que recordar aquella frase de Fr. Vicent de Couesnongle en la que definía cómo debía ser la vida del dominico/a: “con la Biblia en una mano y el periódico en otra”.

Se trata de un asunto de responsabilidad, ¿qué capacidad -y qué voluntad- tenemos para hacer realidad hoy el carisma de Domingo? ¿qué capacidad -y qué voluntad- tenemos para que nuestras vidas reflejen la pasión por Dios y por los hombres?

b) La contemplación de ayer y de hoy

Una dimensión esencial de la vida dominicana es la dimensión contemplativa. Esta fue una dimensión dominante en la vida de Domingo: hombre de silencio, de interioridad, de estudio, orante en el camino y en el convento, en el día y en la noche...

En esto consiste ser contemplativo, mirar la vida, la realidad... desde los ojos de la fe, con los ojos de Dios. Y esto exige entrenamiento: el silencio, la oración personal, la celebración litúrgica, el estudio de la Palabra, el diálogo en busca de la verdad... Todos estos ejercicios servían para cultivar la dimensión contemplativa del dominico/a, verdadero alimento para la fe y la predicación.

En definitiva el objetivo fundamental de la contemplación dominicana es doble:

- Alimentar la propia experiencia de fe. Dejar a Dios que ocupe el centro de mi vida y ver el mundo a través de sus ojos de padre misericordioso. Es la experiencia personal de Dios la que sustenta la vida y misión dominicana, la que llena de sentido y sabor la vida fraterna.
- Sustentar la predicación, fecundar la misión evangelizadora. Si el predicador/a no es un contemplativo, podrá ser un funcionario de la palabra, pero nunca un anunciador creíble del evangelio. Ya lo decía Humberto de Romans: “no es lo mismo predicar que echar sermones”.

Elemento fundamental en la contemplación dominicana es el estudio. No es otra cosa distinta o añadida sino esencial. El estudio de la Palabra, la búsqueda de la verdad, el diálogo compartido, los saberes de nuestra sociedad... son el humus de nuestra predicación. ¿Cómo vamos a anunciar algo que no entendemos? ¿Cómo vamos a predicar si no tenemos palabras que expresen lo que sentimos y vivimos?

Sobre la vida dominicana no se puede hacer ninguna reflexión que no incluya nuestra formación, nuestro estudio. Todos tenemos asumida la necesidad de una formación inicial que nos ayude a conocer lo fundamental, que nos prepare a realizar tal o cual tarea... También hemos de asumir la necesidad permanente de estudio, de formación, de aprendizaje, de preparación... para la vida y para la tarea de predicar.

¿Cómo podemos ser contemplativos allá donde estamos? ¿Cómo ser contemplativos en medio de la vida, del trabajo, del ajetreo familiar? ¿Cómo introducir la formación y el estudio en mi vida diaria, en la vida de las fraternidades?

c) El don de la fraternidad en un mundo de incomunicación

Domingo fundó una “comunidad de predicadores”. La vida comunitaria fraterna es base para la predicación dominicana.

Desde el origen de la Orden, la vida comunitaria fraterna tuvo dos propósitos fundamentales:

- Garantizar la permanencia y continuidad de la misión evangelizadora. La predicación es demasiado importante para dejarla al arbitrio de los individuos, por eso Domingo la pone bajo la responsabilidad de la comunidad, de la fraternidad.
- Poner en práctica la vida evangélica, la vida apostólica. Imitar a aquel primer grupo de discípulos que en común escuchaban la Palabra, oraban, celebraban la fracción del pan, vivían la misión...

El núcleo de la experiencia cristiana es el amor, y la fraternidad, la comunidad, es un ejercicio de las diversas dimensiones del amor: la acogida, el perdón, la comunión de bienes, la misión compartida...

Esta es la base de las “casas de predicación”, pues así se llamaban las primeras comunidades, y no porque fuesen la base para salir a predicar, sino porque en sí mismas eran predicación. La vida fraterna es un signo de vida del evangelio, y por tanto su anuncio.

Si fuésemos fieles a nuestro origen haciendo de la vida fraterna nuestro modelo de vida, estaríamos dando la mejor respuesta a las necesidades de nuestro mundo. Estamos en la cultura de la comunicación; nunca ha habido tanta comunicación, tanta interconexión, tantos medios para saber unos de otros... sin embargo nunca se ha sentido tanta soledad como ahora.

La demanda de una relación cercana, fraterna, que acoja, apoye, perdone, acompañe, contraste... es cada vez más urgente. Muchas personas buscan hoy desesperadamente experiencias y prácticas comunitarias que les permitan resolver sus soledades, pues incluso las comunidades más básicas, amistad y familia, se han debilitado.

He aquí una forma de ser fieles y de actualizar el proyecto de Domingo: ofrecer a nuestros contemporáneos un espacio de fraternidad, donde la acogida, la escucha, la búsqueda de la verdad, el diálogo, la apertura al otro, las relaciones sanas, la colaboración mutua, el ambiente de oración, de celebración festiva, la experiencia de fe compartida... sean la forma de vida.

Aunque, para esto hace falta que la misma comunidad/fraternidad dominicana no se vea afectada por los mismos virus de individualismo y soledad. Es necesario buscar la vitalidad primera que hacía de las comunidades y fraternidades, auténticos talleres de vida evangélica y testimonios vivos del evangelio que predicaban.

d) La Predicación: la misión evangelizadora

Esta es la finalidad del proyecto de Domingo. Seguro que meditó y oró muchas veces las palabras de San Pablo en su carta a los Romanos:

“¿Cómo van a invocar a aquel en quien no creen, y cómo van a creer en él, si no han oído su mensaje, y cómo van a oír un mensaje que no ha sido proclamado, y cómo va a proclamarse ese mensaje, si no hay mensajeros?” (Rom 10,14-15).

Todos conocemos el entorno histórico que dio lugar al comienzo de la Orden de Predicadores. Salvando las distancias y diferencias, encontramos hoy algunos elementos que empujaron a Domingo: la progresiva pérdida de la fe en el Dios de Jesucristo, la desafección cada vez mayor hacia la Iglesia, la búsqueda de otras creencias que satisficieran la necesidad espiritual...

[...] El ministerio de la Predicación tiene dos aspectos complementarios: la proclamación de la Palabra de Dios (el anuncio explícito del evangelio) y la realización, la puesta en práctica del Evangelio.

Pero ¿cómo predicar en un mundo saturado de palabras? ¿cómo anunciar la verdad en un mundo en que se sospecha de todo?

Es una situación crítica para los predicadores. Pues necesitan, en primer lugar, acreditar la Palabra, hacerla creíble. Y eso sólo puede suceder si está respaldada por el testimonio de la vida; si la palabra que se anuncia se manifiesta como palabra coherente; si el predicador no dice más de lo que cree y lo dice desde la experiencia creyente; si su palabra es palabra de iluminación y de animación, aunque tenga que ser a veces palabra de denuncia..., si es palabra evangélica, buena noticia para la humanidad. En un mundo en el que la palabra se ha desacreditado y en el que la verdad es vista por muchas personas como un ideal imposible, es preciso acreditar de nuevo el ministerio de la predicación. Este es un desafío fundamental para cada dominico y cada fraternidad hoy, para mantenerse fieles a los orígenes y a los hombres y mujeres de nuestro tiempo.

Tal vez la forma más eficaz de acreditar la palabra sea el hacerla vida, hacerla realidad. La práctica de la compasión, de la justicia, de la fraternidad... o simplemente de la bondad; la denuncia de la injusticia, la opción por los más pobres, el situarse al lado de las víctimas, es evangelizar con el testimonio de vida.

Ser dominicos hoy significa estar muy atentos a los signos de los tiempos, y responder con la palabra y con la vida a las demandas más urgentes del mundo actual.

e) En colaboración con la Familia Dominicana y con otros

El Capítulo General de los frailes celebrado este verano (Julio-Agosto 2007) en Bogotá, ha insistido a los frailes en la importancia de colaborar.

El predicador es miembro de la Familia Dominicana. Con determinación tenemos que desarrollar las colaboraciones apostólicas entre los frailes, las monjas, las hermanas de vida apostólica, los laicos y otros movimientos dominicanos. La complementariedad de cada uno dará una fuerza mayor al testimonio de esperanza. (Bogotá, 50)

El enfoque no es nuevo, pero quiere subsanar un error en el que caemos frecuentemente: no somos nosotros los que colaboramos con Familia Dominicana, no es la Familia Dominicana algo distinto a nosotros... yo, mi fraternidad, mi comunidad, somos Familia Dominicana.

Esta es mi fraternidad, esta es mi Orden, pero también esta es mi Familia. La Familia Dominicana es el ámbito más natural de colaboración en la tarea concreta de predicar, de anunciar la Buena Nueva. Tal vez en mi ciudad no haya otra fraternidad (y no somos muchos), pero seguro que sí hay una comunidad de hermanas o de frailes, un monasterio de monjas, un grupo del MJD, u otro grupo dominicano (aunque no sea oficial).

Sentarnos junto con otros y preguntarnos cómo podemos “aquí y ahora” vivir nuestra vocación dominicana de predicar, debía ser un ejercicio natural y frecuente.

Pero también hay que recordar que somos Iglesia, y hay muchos otros grupos, no dominicanos, que tienen el mismo objetivo, hacer realidad el reino de Dios. La colaboración con ellos también es fundamental y necesaria.

No podemos hacer nuestra pequeña burbuja de “identidad dominicana” y vivir de espaldas a todo lo que nos rodea. Precisamente nuestra identidad es justo la contraria, espalda con espalda, salir hacia fuera rompiendo la burbuja.

Hace unos años hablando de pastoral juvenil utilizaba una comparación que creo que puede ilustrar lo que pretendo decir. Hay grupos, fraternidades, comunidades, que se consideran islas en medio del océano, rodeadas de un elemento hostil del que hay que defenderse, y con todo lo necesario para vivir dentro de ellas. No es esta la imagen que responde al proyecto de Santo Domingo. En dominicano tendríamos que hablar de un oasis. Lugares apreciados y buscados a lo largo del camino, que es la vida. Espacios en medio de la vida que brindan al caminante, descanso, refugio, paz, encuentro... pero que todos saben que son de paso, no para quedarse.

Las fraternidades deberían ser esto, lugares de encuentro y acogida, de cargar las pilas, y volver a la brega de la vida... a predicar.